

---

## MÁS QUE FÚTBOL: ECONOMÍA Y GEOPOLÍTICA DEL MUNDIAL DE SUDÁFRICA

JUAN FERNANDO PALACIO ROLDÁN\*

### RESUMEN

Este artículo reconoce que la Copa Mundial de Fútbol de Sudáfrica 2010 se realiza en el contexto del ascenso económico de África en el escenario internacional, y en particular del posicionamiento económico y geopolítico de Sudáfrica en el continente. Seguidamente, se valoran las motivaciones que existen para que los países decidan postularse como sede de este tipo de eventos. En términos de rentabilidad económica, no se encuentra información concluyente que asegure el beneficio de estos eventos. Se muestra, en contraste, que las motivaciones políticas han sido históricamente muy importantes para explicar la búsqueda y elección de las sedes, y el uso propagandístico que se les da a éstas.

### ABSTRACT

This article recognizes that the 2010 FIFA World Cup South Africa is developed within the frame of the economic rising of Africa in the international stage, particularly of the economic and geopolitical ascent of South Africa in its continent. Therefore, the article values the motivations used by countries to justify its desire of hosting this kind of mega-sporting events. In terms of economic profitability, there is found no conclusive information to assure the gains of these events. It is shown, in contrast, that political motivations have been historically more important to explain the pursuit of hosting, as well as the propagandistic use of it by the host states.

### PALABRAS CLAVE:

Economía africana, economía del deporte, Mundial de Fútbol, geopolítica.

### KEYWORDS:

African economy, economics of sports, World Cup, geopolitics.

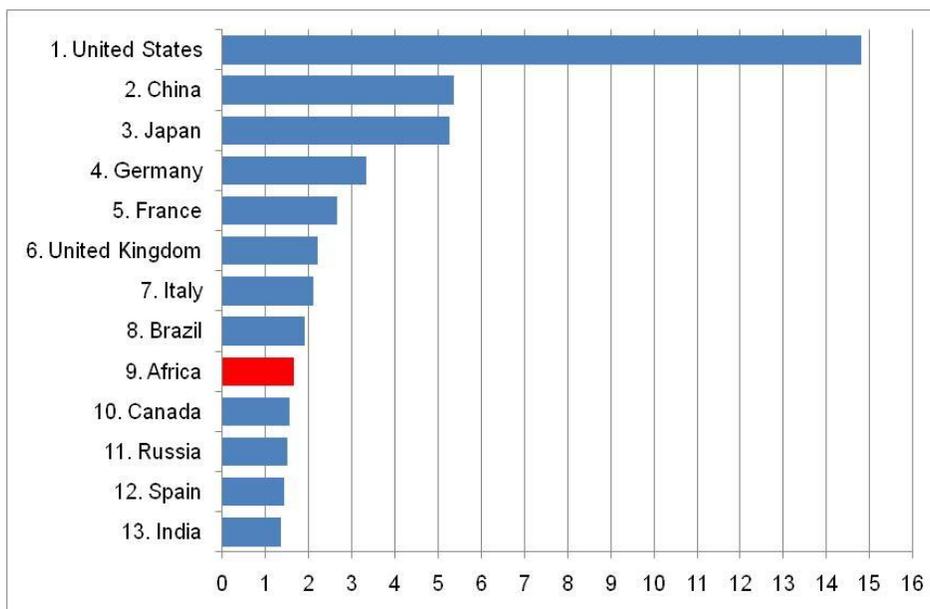
---

\* Especialista en Estudios Políticos y economista de la Universidad EAFIT. Docente de Coyuntura Económica Internacional y de Geopolítica de la Universidad EAFIT. [jonalaci2@eafit.edu.co](mailto:jonalaci2@eafit.edu.co).

## INTRODUCCIÓN: EL DESPERTAR DE ÁFRICA

El espacio dejado en los anaqueles de exhibición de las librerías del mundo por obras como *La Tierra es plana*, de Thomas Friedman (2006), o *El próximo escenario global*, de Kenichi Ohmae (2005), –que se esmeraron tanto porque la opinión pública mundial y los hombres de negocios entendieran los rumbos de la globalización y sus implicaciones, y en especial el ascenso económico de los países del sudeste asiático– hoy debería ocuparse con un libro como el de Vijay Mahajan, *África despierta* (2008). Con vigorosa inspiración, la obra de Mahajan va más allá de los lugares comunes –y negativos– sobre la situación africana, reconociendo el tan significativo como poco observado tamaño que tiene la economía africana en conjunto, y descubriendo las lucrativas oportunidades de mercado que ofrece el continente, siempre que se invierta allí con debida prudencia y sin que se ignoren sus realidades políticas y sociales.

**Gráfica 1. PIB de las primeras economías del mundo y África a 2010 en trillones de dólares corrientes.**



Fuente: Estimaciones del FMI.

Y es que la creación de riqueza del continente africano no es desdeñable. Si bien individualmente la mayoría de países africanos tienen economías pequeñas, el Producto Interno Bruto de África, sumados los de todos sus países, asciende, a fin del año 2010, a 1,7 trillones de dólares (véase la Gráfica 1), con lo cual, si pensáramos en

África como si fuera un solo país, su economía sería la novena del mundo, más grande que la de países como Canadá o Rusia, o incluso que India, que se ha vuelto tan célebre por el tamaño de su economía y el dinamismo que ha sostenido en los últimos años. Adicionalmente, cuando se compara a África con India, lo más sobresaliente es que el continente, con una población de aproximadamente 1.000 millones de habitantes, tiene un PIB *per capita* promedio superior al de la populosa India de 1.180 millones.

En cuanto a dinamismo económico, África tiene buenos resultados que mostrar. Luego de que la región experimentara un penoso estancamiento en la primera mitad de los 90, el ritmo de crecimiento se ha recuperado y ha ascendido a los niveles más altos en décadas (Bio-Tchané y Christensen, 2006). El alza en los precios de los *commodities* no es el único ingrediente de este desempeño sobresaliente: desde los 90 en adelante, ha mejorado la estabilidad política en muchas regiones, en general los países africanos están madurando en disciplina macroeconómica y aumentando sus niveles de reservas internacionales, ha aumentado la inversión extranjera en la región y de manera significativa en el área de infraestructura (UNCTAD, 2008: 116-120), el comercio exterior se ha estimulado, y en éste han sido muy importantes el crecimiento del comercio intrarregional (UNCTAD, 2009) y el crecimiento de las exportaciones hacia el Sudeste Asiático (Broadman, 2007). La última crisis económica mundial no alcanzó a minar el dinamismo africano que, al igual que la mayoría de países en desarrollo, logró “desacoplarse” de las evoluciones negativas del primer mundo. Tanto así que, de acuerdo a las estimaciones del Fondo Monetario Internacional, África sería uno de los continentes del mundo con crecimiento más robusto en la fase de recuperación; la mayoría de países africanos estarían creciendo en promedio en los años 2010-2011 a tasas superiores al 5% al igual que China, India y los demás países del Sudeste Asiático, y casi la totalidad de los países del continente crecería al menos a tasas superiores al 3% (IMF, 2010: 43).

África todavía cosecha problemas fatigosos como el sida, el hambre, la desigualdad, y la inestabilidad política, pero de un lado, en casi todos ellos se han visto avances importantes en los últimos años (la impaciencia de desearlos resueltos por completo no debe cerrarnos los ojos ante los progresos obtenidos), y del otro lado en general estos problemas se encuentran muy focalizados geográficamente, por lo que no hacen parte de la realidad de todo el continente. El hambre, por ejemplo, es especialmente crónica

en Etiopía, Nigeria y la República Democrática del Congo; el sida no es endémico en todos los países sino una problemática focalizada en la región sur; y la mayor inestabilidad política es propia de los países del centro. A este respecto, de acuerdo con *The Found for Peace*, la estabilidad política de la mitad de los países africanos se encuentra en el mismo rango de países como China, India, Rusia, Brasil o Perú, ejemplos internacionales de dinamismo económico y de fluida recepción de inversión extranjera. Si bien, entonces, algunos países aún se encuentran atorados en las trampas de la pobreza (Collier, 2008), y es necesario superar enormes retos para que el crecimiento económico se traduzca en un veloz desarrollo y reducción de la pobreza, puede decirse que el continente va por buen camino. La África de hoy no es el “caso perdido” de la década de los 90.

Se avizora, así mismo, un futuro cercano promisorio. En primer lugar, la política económica co-artífice de los éxitos actuales parece mantenerse. En segundo lugar, y a pesar de todos los inconvenientes involucrados, la ayuda internacional hacia el continente tiene una tendencia ascendente (Sundberg y Glen, 2006). En tercer lugar, África avanza en la instalación de cableado submarino de fibra óptica, con el potencial que tiene éste de transformar las economías en desarrollo, como se ha demostrado con India. Y finalmente, es irremediable que, dado el crecimiento de los países del Sudeste Asiático y su subsecuente ascenso en los niveles salariales, África se vuelva uno de los últimos bastiones de mano de obra barata del mundo, obteniéndose que los capitales internacionales acudan allí en masa buscando rentabilidad, y favoreciendo así el desarrollo económico del continente y de su población.

Advirtiendo este contexto económico, es fácil reconocer el fabuloso significado simbólico que tiene el hecho de que el continente africano sea en 2010, por primera vez en la historia, la sede de la Copa Mundial de la FIFA, uno de los eventos deportivos más importantes del mundo. Más que una casualidad, la elección –realizada en el año 2004 pero prácticamente determinada desde el 2000 cuando se instaura el sistema de rotación continental tras la inconformidad generalizada por la votación que le dio la sede a Alemania en 2006– puede leerse como un reconocimiento a los avances políticos y económicos del continente africano más allá del reconocimiento de sus avances en materia futbolística. Con los progresos realizados, el continente se ha puesto en dignidad de realizar un evento deportivo de la mayor categoría, lo que a su vez es una

oportunidad privilegiada para África y para su país sede, de mostrarle al mundo sus otras facetas, tan positivas como ignoradas por el general de la opinión pública internacional.

### **Sudáfrica, el anfitrión**

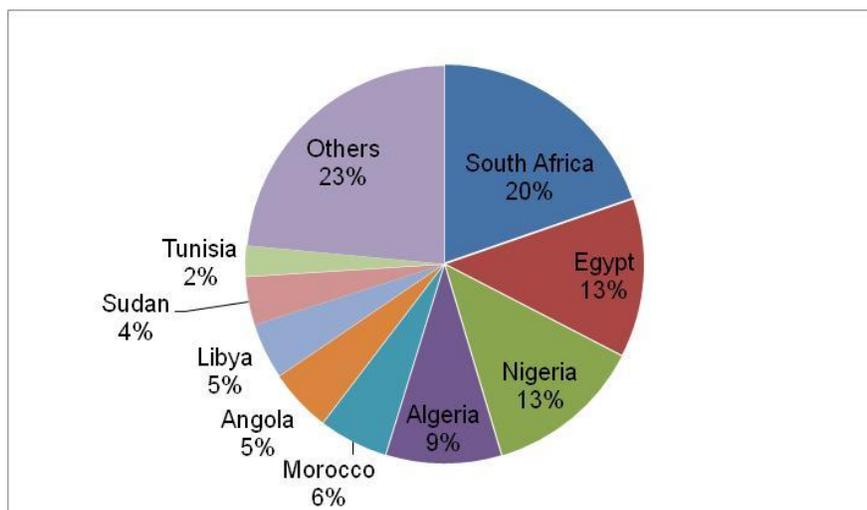
Antes del comienzo del Mundial, la selección sudafricana de fútbol se encontraba en el puesto 83 en el ranking de la FIFA (FIFA, 2010), bastante lejos de las potencias del balompié como Brasil o Italia. Encima suyo se posicionaban siete países africanos, de los cuales Camerún es el de mayor puntaje, ubicado en el puesto 19. Así pues, a pesar de que el fútbol es un deporte culturalmente arraigado en Sudáfrica, principalmente entre la población negra y con un rol importante en el ascenso político de ésta (Perry, 2010), no se puede decir que a este país se le haya otorgado la sede del mundial por sus méritos futbolísticos.

Por otro lado, Sudáfrica es una sede bastante atípica para hospedar un Mundial de fútbol, si bien no es el primer país del tercer mundo en volverse sede. En las primeras épocas, cuando el torneo no tenía el impacto mediático y político que tiene hoy, Uruguay (1930), Brasil (1950) –tras la destrucción de Europa en la Segunda Guerra Mundial había muy pocas alternativas– y Chile (1962), llegaron a ser sedes del Mundial. Posteriormente, en la era “mediática”, fueron sede México (1970 y 1986) y Argentina (1978). Sudáfrica sí es, en cambio, el primer país no americano en vías de desarrollo en ser sede del Mundial, y hasta ahora es uno de los dos países, junto con Chile, económicamente menos preparados de la historia para alojar el evento.

Sudáfrica, no obstante, era el país africano con las mejores credenciales para convertirse en sede del Mundial en 2010. Su Producto Interno Bruto asciende a 329 billones de dólares y es de lejos la economía más grande de África (véase la gráfica 2). Sudáfrica es la tercera potencia minera del mundo después de Estados Unidos y Rusia (Martínez y Vidal, 2000: 150), es el eje de la integración económica en el sur del continente, y es la potencia industrial y de servicios de la región. No hay país en el continente, y especialmente en su área de influencia cercana, que le haga peso a su preponderancia geopolítica. Si bien es cierto que su nivel de inversión sobre PIB no es

tan soberbio como el de los países asiáticos y que su tasa de crecimiento es inferior al de la media del África sub-sahariana, el país sigue creciendo a tasas superiores a la media mundial y en general su desempeño macroeconómico goza de aceptable salud.

**Gráfica 2. Aportes nacionales al PIB africano. Dólares corrientes.**



Fuente: FMI.

Durante la segunda mitad del siglo XX, Sudáfrica sufrió de una pésima reputación internacional por la institucionalización y conservación del sistema de segregación racial denominado *Apartheid*. Bajo este régimen, la población negra carecía de derechos políticos; ciertos empleos, lugares y servicios públicos estaban vetados o restringidos para los negros. Como efecto combinado de las protestas y la inconformidad de las mayorías negras del país más el bloqueo internacional que experimentó y que finalmente afectó su economía, los cambios políticos de principios de los años 90 dieron lugar al desmantelamiento del régimen. En 1994, primera ocasión en que los negros ejercen el derecho al voto, llega a la presidencia Nelson Mandela, primer presidente negro del país y antiguo preso del sistema segregacionista. Mandela, con un fino tacto político, pone al país en el camino de la reconciliación étnica, y devuelve a Sudáfrica la reputación internacional perdida, convirtiéndose, de hecho, en uno de los personajes del mundo más estimados de todo el siglo XX y de la época contemporánea.

Además de la recobrada aceptación internacional y de que Mandela mismo en calidad de ex presidente liderara la causa de la sede, a favor de Sudáfrica para ser elegido por la FIFA en el año 2004 como sede del Mundial de 2010, pesaba el que este país ya

hubiera sido sede de otros campeonatos internacionales, como la Copa Mundial de Crícket en 2003 y la Copa Mundial de Rugby en 1995, y que, en la elección de sede del año 2000 para el mundial de 2006, Sudáfrica hubiese perdido contra Alemania por apenas un voto de diferencia, bajo una lluvia de críticas por la decisión y una enorme estela de inconformidad.

Si con el sistema de rotación continental instaurado por la FIFA luego de la polémica votación del 2000 (sistema ya depuesto), África iba a alojar el Mundial de 2010, entonces Sudáfrica, por todas las razones, estaba destinado a convertirse en el país sede. Y aunque este país no pueda impedir un elevado componente caótico en el Mundial, por las carencias de infraestructura, la pobreza y la inseguridad, Sudáfrica con la sede logra hacer gala de su poder económico ante sus vecinos y el mundo, da continuidad a su recientemente lograda reputación internacional y, a través del sentido del logro por la realización del evento, intenta afianzar en su gente un sentimiento de unidad nacional en un país que, a pesar de haber acabado oficialmente la segregación racial, todavía adolece de delicadas tensiones étnicas.

### **¿ES RENTABLE SER SEDE DE UN EVENTO COMO EL MUNDIAL?**

Esta sección se propone caracterizar los efectos directos e indirectos que tiene para la economía de un país el alojar un gran evento deportivo. Haciendo balance entre los efectos positivos y negativos, se observará si las motivaciones económicas son suficientes para justificar que un país o una ciudad se postule para organizarlos, y que invierta millones de dólares en lobby, como regularmente sucede (*Rio's expensive new rings*, 2010, Oct 10), para que gane su candidatura, y luego muchos millones más para organizarlos. Aunque el análisis se hace teniendo en mente eventos de la categoría del Mundial de Fútbol y de los Juegos Olímpicos de invierno y de verano, el esquema conceptual y las conclusiones también son aplicables a eventos deportivos de inferior categoría, entendiendo que los impactos finales de éstos últimos son menores.

No es un secreto que detrás de una justa deportiva como el Mundial de Fútbol haya un negocio multimillonario de proporciones planetarias. La FIFA suele acumular regularmente superávits millonarios, y alrededor suyo y del Mundial se mueve dinero

entre las empresas que controlan y venden dos derechos de transmisión, las empresas de cable y canales de televisión de última instancia que le ofrecen la transmisión a sus televidentes, las compañías fabricantes de televisores que ven un repunte en sus ventas en la época del Mundial, las empresas de toda índole que pautan tanto en las vallas de los estadios como en los tiempos previos, intermedios y finales de los partidos, las empresas de media con el despliegue de cubrimiento que realizan, los patrocinadores de las selecciones de fútbol que se sirven de éstas para sus campañas de mercadeo, las grandes marcas deportivas, y hasta los maquiladores de ropa deportiva tailandeses y de otras nacionalidades que ven un aumento en sus pedidos por la época del Mundial (Clift, 2010). Independientemente de las consideraciones que algunos puedan tener acerca de la destinación de recursos económicos a actividades asociadas con el deporte y/o el ocio, es de reconocer que un gran evento deportivo mueve grandes sumas de dinero y que le auspicia al sector privado grandes espacios para la obtención de utilidades. El punto que es necesario aclarar más allá de esto, no obstante, es si para el país anfitrión (junto con la ciudad y región sede en el caso de los Juegos Olímpicos) el evento le representa beneficios económicos al igual que a los demás actores recién mencionados.

Así como las opiniones corrientes sobre qué tan lucrativo resulta hospedar unos juegos se encuentran divididas, los especialistas en la materia tampoco han alcanzado un consenso. Trabajos como Hang y Maennig (2007), Baade y Matheson (2002) y Baade y Matheson (2004), entre otros, advierten sobre los elevados costos en que tienen que incurrir los países anfitriones de estos eventos, a cambio de beneficios dudosos, poco significativos, o nulos. En el otro extremo, trabajos como los de Heyne, Maennig y Süßmuth (2007), Maennig (2007) y Rose y Spiegel (2010), destacan los efectos económicos positivos que trae consigo ser sede, o algún efecto en especial, y en general recomiendan la realización de estos eventos. Otros textos, en el centro de estas dos posiciones, como Zimbalist (2010) y Clift (2010), reconocen costos, beneficios y riesgos y, de un lado, dan recomendaciones de planeación pública para maximizar las ganancias de los eventos deportivos o minimizar sus pérdidas, y del otro, ofrecen un enfoque diferente para medir el éxito económico de éstos.

Ser sede de un Mundial de Fútbol o de unos Juegos Olímpicos le genera a un país toda suerte de efectos económicos positivos y negativos, cuyos impactos pueden ser más

fuerzas en la medida en que la base de la economía en la que se asientan sea más pequeña. Economist Intelligence Unit, por ejemplo, pronostica que el Mundial le reportaría a Sudáfrica entre 0,5 y 1,0% adicional de crecimiento de su PIB para el año 2010. Estos efectos pueden ser de tipo directo, es decir, asociados con los juegos en sí y con las inversiones realizadas para éstos, o de tipo indirecto, es decir, las externalidades positivas y negativas que causen. Así mismo, algunos son efectos de corto plazo, observables solo durante la temporada de los juegos, mientras que otros efectos tienen un impacto de mediano y largo plazo. Por último, algunos efectos positivos y negativos son, de hecho, agrupables en una misma categoría por derivarse de un mismo fenómeno, y ciertos efectos son consecuencia de otros (véase la tabla 1).

### **Efectos positivos**

Entre los efectos positivos directos encontramos, en el primer orden, la construcción, ampliación y remodelación de las instalaciones deportivas que serán los escenarios de las justas. De un lado, estas inversiones implican creación de empleo y un impulso al sector de la construcción y, del otro, podrán continuar prestando sus servicios a la comunidad una vez terminado el evento. En un Mundial los nuevos escenarios generalmente se construyen en ciudades diferentes mientras que en los Olímpicos estos –además de ser de diversos tipos– se construyen en una sola ciudad o región, lo que le agrega un elemento de complejidad a la planeación. Adicionalmente, por lo general los dossiers de postulación de candidaturas van acompañados de compromisos en materia de aumentar la capacidad de la infraestructura de transportes y telecomunicaciones, lo cual implica la construcción, ampliación y remodelación de avenidas y carreteras, sistemas urbanos de transporte, vías férreas y aeropuertos, al lado de las inversiones en telecomunicaciones. Este factor, además de generar empleo y de impulsar el sector de la construcción a la par con la edificación de escenarios deportivos, tiene un enorme impacto en el sistema económico debido a la disminución de los costos de transporte y al aumento de su eficiencia, lo que permite mejoras sustanciales en competitividad para la región o país. Por otro lado, muchos expertos afirman que una de las ganancias más importantes de estos eventos –y de las más difíciles de cuantificar– es que la misión estatal de cumplir con los objetivos fijados para

el evento agiliza una serie de inversiones públicas, necesarias de todas formas, pero que en otras circunstancias habrían demorado años o décadas en hacerse.

Los cuatro efectos positivos restantes son, uno, los impactos en el empleo y en la demanda agregada que puedan generar la logística del evento y la organización y presentación de las ceremonias de apertura y clausura; dos, los ingresos por turismo de quienes visitan el país o la ciudad para presenciar los juegos. Aún si se reconoce que, en buena medida, las tarifas hoteleras de temporada alta se traducen en mayores utilidades transferidas a las casas matrices de las cadenas hoteleras internacionales, que regularmente no quedan en el país sede del evento deportivo, los altos índices de ocupación por el periodo de los juegos significan un fuerte impulso a un sector que goza de interesantes encadenamientos con la generación de empleo, el comercio, y las industrias de bebidas y alimentos, suvenires y confecciones. Para considerar el impacto, en el caso sudafricano se estimaba que la recepción de turistas por el Mundial alcanzaría casi el medio millón de personas (Clift, 2010: 7). El tercero y el cuarto efecto son, respectivamente, los ingresos provenientes de la boletería de los juegos, y un porcentaje de los derechos de transmisión del evento.

Los efectos positivos indirectos son muy variados. En primer lugar, si los agentes mantienen una percepción positiva sobre el impacto del evento en la economía, puede haber una leve alza en las expectativas, que aumente el consumo y la inversión privados, y que se finalmente se traduzca en un aumento de la demanda agregada y del Producto Interno Bruto, en un rango de tiempo que puede comenzar en el momento en que es elegida la sede, y que finaliza cuando culmina el evento. Ciertos sectores de inversión podrían ser especialmente sensibles a este fenómeno, como hotelería y turismo, comercio, y propiedad raíz. En segundo lugar, el sentimiento de orgullo cívico y el sentido del logro podrían generar en el país y/o ciudad un aumento de la productividad colectiva, que estimule la economía del lugar.

Pero son, sin duda, los efectos indirectos asociados a la publicidad los que tienen más chance, en este grupo, de beneficiar al país o a la ciudad tanto en el corto como en el largo plazo. Primero, el evento deportivo promueve indirectamente la ciudad o el país como destino turístico para los años subsiguientes y, segundo, la/lo promueve como destino de negocios, lo cual puede tener un efecto transcendental en el comercio

internacional de la ciudad o país, procurando una mayor integración con la economía mundial y un estímulo sostenido al crecimiento económico. Rose y Spiegel (2010) descubrieron, por ejemplo, que los países que han ganado candidaturas para sede de los Juegos Olímpicos han utilizado éstos como señal de liberación de su comercio exterior, y que de manera persistente y generalizada sus exportaciones aumentaron a tasas superiores a partir de los Juegos.

### **Efectos negativos**

Casi cada uno de los efectos positivos tiene su contraparte negativa, o el riesgo de esta, como se observa en la tabla 1. En primer lugar, tanto las inversiones en construcciones deportivas y no deportivas, como los gastos en logística y en las ceremonias, requieren de una costosa financiación que generalmente proviene de las arcas públicas, independientemente de los sistemas de financiación o de que puedan existir aportes privados a través de patrocinios.

Adicionalmente, existen diferentes riesgos de sobrecostos: ante la perspectiva de los juegos, si los predios donde potencialmente se construirían los nuevos escenarios deportivos están en manos privadas, éstos se valorizan, lo que puede hacer que la inversión sea superior a la planificada; si existe una gran premura por finalizar las obras deportivas y no deportivas para que estén listas para el evento, la prisa puede causar costos superiores a los que tendrían estos proyectos en circunstancias normales; la preservación de la seguridad eleva los costos logísticos del evento, a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001 este ha sido un rubro clave y penoso para los presupuestos; y finalmente, siempre existen los riesgos de sobrecostos por malos manejos (ineficiencias y corrupción), regulares en el sector público.

Todavía asociados con la construcción de las instalaciones deportivas, persisten otros efectos negativos. Los predios urbanos –donde generalmente se construyen las instalaciones– son muy costosos y escasos, y existe riesgo de que se realice una mala planeación urbana que ubique algunos escenarios deportivos en predios estratégicos que debieran tener otros usos. En los Juegos Olímpicos, que concentran la construcción de las instalaciones deportivas en una sola ciudad o región, este tema es crítico. Por

otro lado, existe el peligro de que las instalaciones deportivas o algunas de ellas devengan en elefantes blancos, es decir, en inversiones onerosas sustancialmente subutilizadas que exijan, para colmo, enormes costos anuales de mantenimiento. Los grandes estadios con capacidad para más de 90 mil personas y las instalaciones deportivas especializadas –como los centros acuáticos o las pistas de trineo– son frecuentemente elefantes blancos. Por último, los gobiernos al concentrar fondos y atención en la construcción de estas instalaciones deportivas y en general en la organización de los juegos, desvía con facilidad su atención de otros asuntos potencialmente importantes, como la política social o la inversión pública en otros sectores. Muchos críticos encuentran en éste un argumento para cuestionar que países en vías de desarrollo se conviertan en anfitriones de este tipo de juegos.

Si bien las obras deportivas y no deportivas implican un impulso al sector de la construcción, es posible que, luego de realizadas, durante un periodo de tiempo considerable estén ampliamente subutilizadas, y existe un riesgo de que, en caso de que la oferta del sector tenga dificultades de responder a las demandas adicionales, se presente durante las obras un alza generalizada de los costos de la construcción que afecte a otros sectores de la economía.

Una avalancha de turistas que asistan al país o a la ciudad por el evento deportivo fácilmente ocasionará un cambio de planes de otros turistas y hombres de negocios que quisieran visitar el lugar por otros motivos, pero que prefieren evitar las congestiones del evento y los precios altos en hotelería. Adicionalmente, el exceso de demanda ocasionada por los turistas podría causar inflación generalizada si la estructura económica del país no tiene la capacidad de suplirla. La generación de empleo auspiciada por todos los factores mencionados, además, podría engendrar, bajo ciertas circunstancias del mercado laboral, un alza generalizada de salarios que impacte tanto en la inflación como en la rentabilidad de otros sectores. Por último, en el caso contrario, si la proporción nacional de “uso” de los juegos –a través de la boletería, entre otros– es muy alta, esto podría implicar desahorro de las familias (que han desviado recursos para el disfrute del evento).

**Tabla 1. Efectos económicos de alojar un gran evento deportivo.**

	EFFECTOS POSITIVOS	EFFECTOS NEGATIVOS	
DIRECTOS	Impacto en el tiempo CP/LP Construcción, ampliación y remodelación de instalaciones deportivas	Impacto en el tiempo CP/LP Costos de construcción, ampliación y remodelación CP/LP Riesgo de planificación inadecuada CP Riesgo de sobrecostos LP Riesgo de elefantes blancos LP Riesgo de mal uso de terrenos LP Desvío de fondos y de atención de otros asuntos potencialmente más prioritarios	
	CP/LP Construcción y mejora de obras de infraestructura LP Disminución de costos de transporte y/o aumento de su eficiencia CP/LP Incentivo para agilizar inversiones que de otro modo tardarían décadas	CP/LP Costos de construcción, ampliación y remodelación CP Riesgo de sobrecostos por premura MP Subutilización de nuevas infraestructuras durante un periodo considerable	
	CP Impulso al sector construcción	CP Riesgo de alza generalizada de costos de construcción que afecte otros sectores	
	CP Generación de empleo	CP Riesgo de alza generalizada de salarios que afecte inflación y rentabilidad en otros sectores	
	CP Eventos inaugurales y de clausura, y logística general	CP Costos de organización y ceremonias CP Riesgo de sobrecostos (seguridad)	
	CP Gasto de turistas que viajen a presenciar los juegos	CP Riesgo de inflación generalizada si la estructura económica del país no soporta bien el exceso de demanda CP Cambio de agenda de otros turistas y hombres de negocios que prefieren evitar las congestiones del evento, y los precios altos en hotelería	
	CP Ingresos por boletería en los juegos	CP Riesgo de alta proporción de usuarios nacionales / usuarios totales, lo que implica desahorro nacional y poco uso del potencial turístico del evento	
	CP Ingresos por derechos de transmisión		
	INDIRECTOS	CP Mejora de las expectativas sobre el desempeño económico de la ciudad o país	CP Riesgo de elevada desconfianza sobre la capacidad de gestión del evento, que afecte la economía
		CP/LP Aumento de la productividad colectiva, generada por el orgullo cívico y el sentido del logro	CP Pérdida de productividad durante el evento, por la atención colectiva que se le presta, y otros efectos negativos del orgullo cívico
LP Publicidad de la ciudad o país como destino turístico		LP Riesgo de disipación rápida del efecto publicitario LP Alto riesgo de mala publicidad en caso de que algo salga muy mal, por ejemplo, suceda un atentado terrorista	
LP Publicidad de la ciudad o país como destino de negocios CP/LP Aumento del comercio internacional de la ciudad o país			

Leyenda: CP: Corto Plazo; MP: Mediano Plazo; LP: Largo Plazo; : Efectos positivos y negativos asociados; : Impulso a.

Basado en Zimbalist (2010), Baade y Matheson (2002), Rose y Spiegel (2010) y aportes del autor. Construcción del autor.

Así como una visión optimista de los agentes acerca del efecto económico positivo del evento deportivo puede elevar las expectativas, una visión pesimista puede disminuirlas, con un impacto leve sobre consumo, inversión y finalmente Producto Interno Bruto. No sólo los países en vías de desarrollo –por mal preparados– pueden ser víctimas de ese pesimismo de los agentes, también pueden serlo los países desarrollados que hayan sembrado dudas acerca de la financiación del evento y que den impresión de cargar con deudas públicas difíciles de administrar. De la misma forma, si bien el aumento de la productividad por el sentido del logro y el orgullo cívico puede ser un efecto positivo importante y con duración hasta en el mediano y en el largo plazo, es probable que, durante el evento deportivo, pueda éste causar distracción y disminuir la productividad colectiva por ese periodo. Por otro lado, existe el riesgo de que la publicidad internacional positiva que reciba el país y/o ciudad se disipe rápidamente; Zimbalist (2010) cita estudios que demostraban muy poca retentiva de europeos y estadounidenses sobre las sedes pasadas de los Juegos Olímpicos de invierno. Finalmente, ese alud de publicidad positiva es un arma de doble filo: si algo muy malo sucede, sea un problema logístico grave, un atentado terrorista, o cualquier otra cosa de ese orden, la publicidad negativa que se reciba daría al traste con todos los efectos positivos indirectos y, puede decirse, con el beneficio neto de los juegos. La disipación de una publicidad negativa, para colmo, puede ser más lenta, pues sabemos bien que, generalmente, lo malo es de mayor recordación que lo bueno.

### **Balance**

Mientras que los efectos directos (positivos y negativos) son fáciles de medir, en general los efectos indirectos y los de más largo plazo presentan muchas dificultades de cuantificación. Es usual que los expertos que se enfocan en la cuantificación de los efectos directos y le prestan menos atención a los demás sean los que desaconsejen la realización de grandes eventos deportivos. En cambio, estos eventos son más recomendados por los autores que le dan una mayor ponderación a los efectos indirectos, así sea difícil su cuantificación. Por otro lado, muchos de los efectos negativos tenidos en consideración sólo son potenciales, mas no necesariamente suceden bajo un buen control de la situación.

En lo que sí existe consenso es en el efecto negativo que tiene para las finanzas públicas la organización de este tipo de eventos, sin casi ninguna excepción en la historia. Los gobiernos locales y nacionales suelen heredar de mundiales de fútbol y de Juegos Olímpicos enormes deudas que sólo son pagadas –a través de impuestos– luego de años y a veces de décadas. Eventos deportivos de esta naturaleza no son nada sanos para el fisco, y resultan un lujo que no se pueden dar gobiernos que anden con premuras. Cabe hacer una analogía con lo que sucede en un país con una liberalización comercial: los costos son concentrados (en el caso de la liberalización, concentrados en los productores ineficientes, en el caso de los eventos deportivos, en el fisco), mientras que los beneficios son dispersos.

Los Juegos Olímpicos de verano de Montreal (1986) y Los Ángeles (1994) se han vuelto ejemplos clásicos, y opuestos, del potencial resultado fiscal de la organización de uno de estos eventos (*Make or break*, 2000, Sep 16; Zimbalist, 2010). En los juegos de Montreal todos los gastos del evento corrieron por cuenta del fisco, y el resultado fue que los gobiernos locales acumularon una deuda pública de grandes proporciones que sólo pudieron saldar después de décadas. Fueron tan desastrosos los resultados que luego de las Olimpiadas de Moscú (1990) –que estaban comprometidas con anticipación– ninguna ciudad tenía intenciones de alojar los juegos de 1994. Finalmente, el Comité Olímpico Internacional terminó cediéndole los juegos a Los Ángeles, sometido a que la ciudad impusiera sus condiciones y bajo un plan de gastos muy austero. Tan bien ha manejado Los Ángeles la organización del evento que pudo obtener un leve superávit fiscal –toda una excepción en la historia de los grandes eventos deportivos. Un elemento clave, y novedoso en su momento, que le facilitó a Los Ángeles su buena gestión fue la búsqueda de recursos en el sector privado a través de patrocinios, por lo que el fisco no soportó todos los gastos del evento. Si bien desde entonces no se han vuelto a ver superávits fiscales en estos eventos deportivos, su modelo se impuso y hoy es un engranaje importante que oxigena las cuentas públicas de las justas.

Adicional a esta lección, del trabajo de Zimbalist (2010) se desprenden dos recomendaciones al sector público con el fin de que realice una buena gestión de los eventos deportivos: “considerar cuidadosamente las decisiones con respecto al uso de terrenos”, garantizando una buena planeación urbana y evitando pagar altas

valorizaciones a los propietarios privados, y “maximizar el uso posterior al evento de las instalaciones e infraestructura nuevas renovadas” (pág. 11), ya sea rentándolas a equipos deportivos de diversa índole que se encarguen de su administración, o transformándolas en otros espacios urbanos funcionales. Con esta triada de elementos a considerar, patrocinio público, uso de tierras y planes futuros para las instalaciones construidas, los organizadores de estos eventos pueden evitar desfalcos públicos y garantizar un beneficio neto positivo para el país anfitrión.

Algunos expertos defienden un enfoque totalmente distinto para analizar el beneficio económico de los grandes eventos deportivos, que se sustenta en la felicidad que le genera a la población de la ciudad, región y/o país. En esta perspectiva, un Mundial o unos Juegos Olímpicos tal vez sean muy costosos para el fisco y no generen suficientes beneficios económicos, pero si el evento le causa agrado, felicidad o una suerte de placer a la población del país, hay que ver el evento como una especie de lujo caro que la sociedad se ha pagado, y por tanto su beneficio económico, visto como utilidad del consumidor, está garantizado. Heyne, Maennig y Süßmuth (2007), por ejemplo, en un trabajo muy significativo, analizan los grandes eventos deportivos como *experience goods* (bienes de vivencia), y en una investigación empírica para el caso del Mundial de Alemania (2006) demuestran que con su enfoque el beneficio económico queda justificado. Es más, un evento de esta naturaleza generalmente sólo se le es asignado a los países que, independientemente de su nivel de vida, cuentan con los recursos suficientes para garantizar una adecuada organización.

Y es que es tan contundente el efecto de un evento como estos en la felicidad pública que, remitiéndonos de nuevo al caso alemán, el Mundial de 2006 causó un pico en la tasa de fertilidad del país nueve meses después del torneo (*Germany's World Cup Baby-Boom*, 2007, Feb 21). Un corolario de esto lo brindan Kuper y Szymanski (2009): “ser el país anfitrión no genera grandes beneficios económicos, pero hace más feliz a la población” (citado en Clift, 2010: 7). Habría que agregar, para concluir, que no sólo hace feliz a la población, sino que los efectos económicos positivos de un gran evento deportivo sí existen, a pesar de que los más importantes sean difíciles de cuantificar, de que el evento no está exento de riesgos, y de que su impacto total depende en gran medida de la planeación y administración –en una palabra, del manejo– que se haga del evento de parte de las autoridades públicas. Un Mundial de fútbol o unos Juegos

Olímpicos pueden ser tanto una oportunidad perdida y un despilfarro, como una oportunidad aprovechada.

## **EL FACTOR POLÍTICO**

Las competiciones deportivas tienen una inspiración pacifista, remiten a valores universales como la justicia, la meritocracia, la transparencia, la perseverancia, la fortaleza y la solidaridad. Se ofrecen a sí mismas, de hecho, como el reemplazo moderno de los conflictos entre naciones, una ritualización de contiendas (Boniface, 2004) en las que, pudiéndose experimentar los jubilosos sentimientos de unión, patriotismo, emoción y triunfo propios de la guerra, no se corre jamás el riesgo de que deportistas y espectadores se asesinen o se hieran. En ese orden, si los torneos son una simulación de un conflicto, no se trataría nada más que de una mímica virtual e inofensiva, de un desenfreno controlado, que, contrario de generar hostilidad, contribuye a la convivencia nacional e internacional y a la integración mundial.

La realidad es más compleja. Si bien el deporte, en general, y las competiciones deportivas internacionales, en particular, son impulsores indiscutibles de la convivencia pacífica y promueven el conocimiento y respeto de los pueblos del mundo (Boniface, 2006; Carlin, 2010, June 14-21), es absolutamente imposible que su esfera se salve de una especie de contagio de las dinámicas y de las rivalidades observables en el sistema internacional. Al contrario, en la medida en que estos eventos tienen tanta visibilidad mundial derivada de su cobertura mediática y del interés que suscita en la población, se convierten, para los Estados, en objetivos lucrativos, en escenarios predilectos, de prometedores dividendos en cuanto a despliegue de su influencia se refiere. De igual forma, por más que se defiendan los principios universalistas, en la práctica los deportistas siempre asisten en representación de una nación, por lo que, se desee o no, su desempeño sumará a la imagen de ésta, de su poder o de su debilidad, o de su mismísima existencia (Bernardini y Moser, 2008); por ello los deportistas son, en última instancia, “embajadores de un mensaje político” (pág. 3). Por esta razón el deporte es siempre susceptible de una lectura política. (Foer, 2006), por ejemplo, muestra cómo los tipos de gobierno han influido en el desempeño que tienen sus selecciones nacionales en los mundiales de fútbol. Por otro lado, las competiciones

deportivas sólo pueden reflejar las tensiones geopolíticas que previamente existían, y difícilmente crean otras nuevas (Boniface, 2006; Hamandouche, 2009; Trégourès, 2009).

Estos eventos deportivos no tuvieron siempre la categoría e importancia de hoy. De acuerdo con Boniface (2004), los Juegos Olímpicos, nostalgia helénica vuelta a la vida en 1896 con los esfuerzos del barón francés Pierre de Coubertin, aunque fueron objeto de cálculos políticos desde el momento de su fundación (la dolorosa derrota militar contra los poderosos alemanes aún le hacía sombra a Francia), sólo adquirieron su preeminencia mediática y en la opinión pública del planeta después de la Primera Guerra Mundial. El Mundial de Fútbol, creado en 1930, si bien tuvo un contexto político desde su primera versión (el centenario de la independencia uruguaya) tuvo que esperar hasta la difusión de la televisión en los 50 y 60 para ascender a la mayor jerarquía y convertirse en el espectáculo con el mayor número de espectadores del mundo. En la actualidad, por tanto, sobre ambos eventos tiene casi literalmente los ojos puestos el mundo, y de allí que su esfera suscite todo tipo de intereses políticos y económicos.

Así pues, el deporte y sus competiciones internacionales mediatizadas son un espacio factible de generar toda suerte de influencias, ganancias de reputación y de imagen. El poder, que en su más profunda naturaleza “aborrece el vacío” (Khanna, 2008: 30), no se ausenta entonces de las competiciones deportivas internacionales, sino que se esmera en sacarles el mayor provecho. Que los grandes eventos deportivos tengan una faceta geopolítica es simplemente inevitable.

### ***Mode d'emploi***

Son al menos cuatro las vías en las que un gran evento deportivo es susceptible de ser explotado geopolíticamente: (1) a través del desempeño en las competiciones, (2) a través de la ausencia, deliberada o no, (3) con un atentado terrorista, y (4) con la obtención de la sede del evento.

El desempeño de los deportistas de un país importa mucho para la imagen de éste, tanto si se trata de elementos cuantificables, como las posiciones en medallería, los

puntos, los goles, como de asuntos no cuantificables, como su simpatía y comportamiento, o los de su hinchada. No sólo es natural que haya una fuerte riña por las primeras posiciones por el prestigio internacional y la alegría nacional que suscitan, sino que, para países pequeños, en vías de desarrollo y/o de reciente creación, los logros más pequeños, como unas pocas medallas para sus atletas en las olimpiadas, pasar a la segunda ronda del Mundial, obtener unos cuantos puntos en primera ronda, o al menos haber clasificado al campeonato, son vitales, “*golden points*”, para subrayarle al mundo su existencia misma y exhibir sus logros como Estados-nación (Boniface, 2002: 6). Se ha acuñado la broma seria de que, para la existencia de un Estado, el cuarto elemento constitutivo, luego de la población, el territorio y la soberanía, es su selección nacional de fútbol. Ahora bien, que ésta eleve su categoría, además de una hazaña deportiva, se traduce en un logro político.

La ausencia a las contiendas es un arma poderosa que ventila internacionalmente algún reproche político. A veces es forzada, como cuando a Sudáfrica se le excluía de algunas competiciones internacionales como ‘castigo’ por sus políticas raciales, a veces es deliberada (boicot), emprendida por un país o por un grupo de países que deciden no enviar sus delegaciones como símbolo de protesta por algún motivo. La historia de los Juegos Olímpicos está nutrida de ambos episodios. Durante la Guerra Fría, por ejemplo, los boicots que recíprocamente se hicieron algunos de los más importantes países capitalistas y los países comunistas en los Olímpicos de Moscú (1980) y Los Ángeles (1984) causó gran estruendo. A pesar de que estas prácticas se han vuelto menos comunes, la sola amenaza de boicot, como la que Francia quiso imponerle a China para los Olímpicos de Beijín (2008) como protesta por la situación de derechos humanos de ese país, sigue utilizándose como arma política.

Pocas oportunidades son potencialmente tan “lucrativas” en términos de impacto mediático para los grupos terroristas como un Mundial o unos Juegos Olímpicos. Puesto que el objetivo del terrorismo es la difusión mediática de su causa vulnerando la tranquilidad de la población a través de la intimidación, un espectáculo como estos, que ya tiene su audiencia ganada, se convierte en un blanco ideal. Si bien hasta ahora el único evento de gran envergadura que ha sido ensombrecido con un ataque terrorista llevado hasta último término fueron los Olímpicos de Munich (1972) –cuando un comando de terroristas palestinos secuestró y asesinó a once atletas israelíes–, las

alarmas de peligro se han vuelto a encender desde los atentados del 11 de septiembre, y las amenazas de atentado por parte de grupos terroristas han estado a la orden del día, lo que, como se remarcó líneas atrás en este artículo, ha elevado desde entonces los costos en materia de seguridad para la organización de los eventos.

Finalmente, ser elegido para sede de un gran evento deportivo ha devenido uno de los reconocimientos más importantes que un país pueda recibir de parte de la comunidad internacional. Como la sede le permite a un Estado –y a su gobierno en ejercicio– gozar de un despliegue mediático inusitado, que redundando en beneficios económicos y políticos, quienes se encuentran en capacidades de ejercer de anfitriones generalmente buscan con vehemencia obtener una sede, y sacarle luego el máximo provecho. La elección de sedes, es, por eso, un fino pulso geopolítico entre los países que participan y su utilización suele ir más allá de los propósitos netamente deportivos.

Dejando el boicot y el terrorismo como casos aislados e infrecuentes, el esquema de explotación de los eventos deportivos siempre es el mismo. Ser sede de un evento deportivo de gran magnitud, o tener un buen desempeño con su delegación, le trae a un país tres grandes recompensas. Aunque parecidas la una con la otra, son dueñas de sutiles diferencias. Casi indefectiblemente, el país aumenta (1) su autoestima, (2) su prestigio y (3) su cohesión social. Juntas producen un aumento del margen de maniobra, o del *soft power* (para utilizar el concepto acuñado por Nye), que puede utilizarse tanto por el Estado para consolidar su posición hacia afuera, como por el gobierno de turno para mejorar su gobernabilidad.

### **Hacia afuera**

No es tanto que existan muchos ejemplos de cómo un Estado puede explotar internacionalmente un gran evento deportivo, como que, sin excepción, todos los grandes eventos deportivos se intentan explotar internacionalmente. En este campo, el menor vistazo a la historia produce frutos inmediatos. Se hará referencia a algunos casos sobresalientes.

Los Juegos Olímpicos de Berlín (1936) se entendieron como el retorno formal de Alemania a la comunidad internacional luego de la Primera Guerra Mundial y de que,

por ésta, se le vetara su participación en las olimpiadas de Londres (1948). Aunque la elección de la sede se realizó antes de que Hitler llegara al poder, fue el *Führer* quien explotó los juegos políticamente para hacer propaganda a favor del nazismo y de la supremacía de la raza aria por sobre las demás. Los planes no salieron del todo como se esperaba. Aunque Alemania se quedó con el primer lugar de la tabla de medallería, contrario a lo que dictaba su ideología, el propio Hitler tuvo que ser testigo presencial de los triunfos de los velocistas estadounidenses de raza negra, y de entre ellos la consagración de Jesse Owens, campeón de los 100 metros planos, con 4 medallas de oro.

Los Olímpicos de Helsinki (1952) pasaron a la historia no sólo por simbolizar la apertura económica y la modernización de Finlandia, sino porque fue la primera versión en la que participó la Unión Soviética en las olimpiadas, cuyos políticos las vetaban previamente por considerarlas un divertimento burgués. Desde entonces y hasta el fin de la guerra fría se vivió una cerrada carrera entre los soviéticos y los Estados Unidos por el primer lugar en el escalafón de medallería. Es interesante resaltar que si bien la URSS mantuvo un desempeño soberbio en los Olímpicos, que a su vez era utilizado como propaganda del comunismo (los países comunistas en general gozaban de buen desempeño), sus resultados en materia futbolística fueron bastante medianos. Foer (2006) le atribuye a la rigidez del sistema comunista, que también permeó el reclutamiento y el entrenamiento de deportistas, la ineptitud para promover en sus jugadores la creatividad y la capacidad de correr riesgos, cualidades vitales en un jugador de fútbol. La Cuba comunista, siendo un país tan pequeño, dio un salto rotundo en la tabla de medallería de los Olímpicos. Su desempeño olímpico fue también utilizado con fines propagandísticos en el contexto latinoamericano. Desde los juegos de Montreal (1976) superó la decena de medallas y la cumbre de su desempeño fue en los juegos de Barcelona (1992) con 25 medallas y un total de 14 oros, entre los cuales se destaca el oro de su gloria del salto alto, Javier Sotomayor. Los tiempos cambian y el dinamismo cubano de ayer le ha abierto paso al rezago cubano de hoy en las esferas política y económica como en la deportiva. En los juegos de Beijín (2008) Cuba, con dos oros, cedió el trono del medallero de la región del Caribe a Jamaica, el diminuto país isleño, capitalista claro, que se ha especializado en las pruebas de velocidad obteniendo en esta versión un total de seis oros (*Champs and chumps*, 2008, Aug 30).

Tras cada versión de los Juegos Olímpicos, se observa un intento de la ciudad anfitriona de acrecentar su reputación internacional (a veces también nacional), por algunos logros ya alcanzados (*Make or break*, 2000, Sep 16). Tokio (1964) pretendía elevar de nivel la reputación internacional de la ciudad y de Japón, mostrando el desarrollo obtenido en veinte años luego del desastre de la Segunda Guerra Mundial. Los Ángeles (1984) buscaba borrar su mala reputación por cuenta de pasados disturbios raciales y por sus célebres congestiones viales. Seul (1988), también buscaba aumentar la reputación internacional de la capital y del país, mostrar los avances económicos con posterioridad a la Guerra de Corea, y por último beneficiarse de este marco para mejorar las relaciones diplomáticas con los aliados comunistas de Corea del Norte a manera de contrapeso. Atlanta (1996) buscaba que se la reconociera como una ciudad moderna y eje económico del sureste de Estados Unidos, distinta del tradicional estereotipo de irrelevante y adormecida ciudad sureña. Sidney (2000) puso de relieve la supremacía económica de esta ciudad sobre Melbourne, cual fuera antaño la capital económica del país. De la misma manera, la última Olimpiada con sede en Beijín (2008) daba cuenta del ascenso económico y político de China en el escenario internacional, y lo propio harán los juegos de Río (2016).

Sucede lo mismo con el Mundial de fútbol (Boniface, 2002). El Mundial de Italia (1934) –ganado también por ese país– sirvió de plataforma para la promoción del fascismo. El triunfo de Alemania en el Mundial de Suiza (1954) sirvió para que su población recobrara la dignidad internacional perdida con la Segunda Guerra Mundial. El Mundial de México (1986) coincidió con la entrada de este país al GATT, antecedente de la OMC. Alojando Alemania la Copa en 2006, pudo mostrarle al mundo el poderío de un país reunificado que iba por el mejor camino de la reconciliación, convergencia económica y vanguardia tecnológica. El Mundial de Sudáfrica (2010) –como se ha subrayado en este artículo– le ha servido a África y a Sudáfrica para divulgar sus logros recientes en la esfera política y en el dinamismo económico y, de la misma forma, el Mundial de Brasil (2014), al igual que las Olimpiadas de Río, hará lo propio como canal de comunicación del ascenso económico y político de ese país.

La Copa UEFA de 2012, para referenciar otro de los eventos deportivos más vistos del mundo, tendrá la doble sede de Polonia y Ucrania. La mesa de las comparaciones no podría estar mejor servida: dos países vecinos con tránsito compartido por el

comunismo, muy similares en tamaño, en población y en recursos, no podrían experimentar realidades económicas y políticas más diferentes. Mientras Polonia es hoy la economía más dinámica de Europa, su infraestructura está en un franco proceso de modernización y su sistema democrático funciona aceptablemente, Ucrania se encuentra estancada en la pobreza, la ineficiencia pública, la corrupción endémica y en la influencia poderosa de Rusia. Los días del torneo serán un itinerario sin fin de paralelos, que dejarán muy en claro el sello diferenciador de la Unión Europea, y que servirán para avivar los ánimos adhesionistas de muchos ciudadanos ucranianos, y de los demás países de Europa Oriental que todavía no se suman a la Unión.

### **Hacia adentro**

Los gobiernos usan también los eventos deportivos para afianzar su estabilidad y gobernabilidad al interior del Estado, mejorando su prestigio delante de la población y estimulando la cohesión social de sus ciudadanos. Muchos de los ejemplos citados en el apartado anterior sirven para ilustrar esta estrategia. La Italia del Mundial de 1934 o la China de los Olímpicos de 2008 también buscaban con los eventos promocionar sus regímenes frente a los escépticos, detractores políticos y grupos separatistas.

La dictadura militar argentina, que comenzó en 1976, quiso valerse del Mundial de 1976, organizado y ganado por ese país, para promover el orgullo nacional y cerrar filas en torno al régimen, intentando miniaturizar los atropellos cometidos por el gobierno dictatorial. Cualquier ganancia chauvinista obtenida por el fútbol durante la dictadura, fue despilfarrada posteriormente en la Guerra de las Malvinas de 1982.

Tan poderoso puede ser el impacto interno que tiene el ser sede de un gran evento deportivo que es común que el solo anuncio de su postulación pueda servirle a los gobiernos de cortina de humo. En esos casos, la opinión pública puede desviarse de temas importantes para el país, o de las críticas que en otros frentes se le esté haciendo al gobierno, pues la postulación apela inmediatamente al entusiasmo colectivo, o como mínimo al debate nacional.

Ahora bien, por supuesto no todos los ejemplos de explotación interna de los grandes eventos deportivos pertenecen al orden de las conductas condenables. El Mundial de

Alemania (2006) sirvió para promover la integración nacional y la reconciliación del país unificado, en medio del descontento de algunos por los resultados de ese proceso político y de las críticas de otros por los cuantiosos costos públicos de la modernización del Este. En Sudáfrica, Nelson Mandela aprovechó el Mundial de Rugby de 1995 –un deporte emblemático para la población blanca sudafricana–, celebrado en Sudáfrica y ganado por ese país ante todos los pronósticos, para promover la reconciliación nacional y la convivencia multirracial. En ese sentido, el Mundial de Sudáfrica de 2010 puede servir todavía a ese loable propósito, pues las heridas causadas por los siglos de segregación todavía no han sanado, y es ahora la población blanca, alejada del poder político por más de tres lustros, la que se encuentra en una situación vulnerable (*Color me South African*, 2010, Jun 3).

## CONCLUSIONES

El presente artículo analizó el simbolismo del Mundial de Sudáfrica 2010 en el contexto del ascenso económico y político del continente africano en la escena internacional, hizo balance de los efectos económicos positivos y negativos que acarrea para un país el alojar un evento deportivo de la envergadura del Mundial y examinó las motivaciones de orden político manifiestas en estos eventos, así como la explotación deliberada de éstos para la obtención de dividendos políticos de parte de los países sede y de los países que consiguen buenos resultados deportivos.

En primer término, se reconoció que el Mundial de Sudáfrica coincide con un robusto ascenso de la economía africana y con una atenuación de sus problemas de inestabilidad política. El continente no sólo tiene un PIB y un PIB *per capita* mayores que los de India, sino que el dinamismo económico reciente de la mayoría de sus países se ha vuelto tan significativo como el de este y el de otros países del Sudeste Asiático. De la misma forma, Sudáfrica estaba destinada a acoger el Mundial en el año en que por rotación continental le tocara a África, pues este país es la potencia económica más visible del continente, cuenta con la infraestructura más moderna, y había hecho un giro de 180 grados en su reputación internacional luego de la abolición del *Apartheid* en 1994.

Seguidamente, se constató que no existe consenso entre los expertos sobre si los grandes eventos deportivos como el Mundial o los Juegos Olímpicos le reportan beneficios económicos a los países sede. No obstante, la literatura evidencia que la organización de estos eventos implica riesgos, que el impacto sobre el fisco es generalmente negativo, y que son los autores que hacen más énfasis en los efectos directos los que más desaconsejan el ejercer de sede, mientras que son los que más énfasis hacen en los efectos indirectos y de largo plazo, y en los efectos sobre la felicidad pública, quienes más apoyan la postulación para ser sede. Cualquiera fuere la posición, no obstante, factores como el abundante patrocinio del sector privado, las decisiones sobre el uso de terrenos, y la maximización del uso futuro de las nuevas instalaciones, son clave para garantizar la minimización del impacto fiscal del evento, y para su mayor aprovechamiento económico.

Finalmente, se vio cómo, más allá de los principios universalistas y apolíticos que encarnan los grandes eventos deportivos, en gran medida por su dimensión mediática, éstos no se han encontrado exentos de rivalidades geopolíticas, que se manifiestan tanto en la puja que se ejerce por las sedes y en el uso propagandístico que se hace de ellas, como en el desempeño deportivo de los países en las competiciones. Los Estados hacen uso de la autoestima, el prestigio y la cohesión social que generan estos eventos para aumentar su margen de maniobra tanto afuera, como adentro.

## BIBLIOGRAFÍA

Baade, Robert y Matheson, Victor (2004, Jun). *The Quest for the Cup: Assessing the Economic Impact of the World Cup*. Regional Studies, Vol. 38, Iss. 4, 343-354. Abstract recuperado el 01/06/2010 10:00 en

<http://www.informaworld.com/smpp/content~content=a713666231~db=all>.

\_\_\_\_\_ (2002). *Bidding for the Olympics: Fool's Gold?*

Transatlantic Sport. Recuperado el 20/04/2010 10:00 en

<http://harbaugh.uoregon.edu/Readings/Sports/olympics.pdf>

Bernardini, Yann y Moser, Frédéric (2008). *Le sport : entre jeux et enjeux géopolitiques*.

Recuperado el 02/04/2010 en

<http://www.espritfoot.com/files/file/Enseignement/sportimages-3.pdf>.

Bio-Tchané, Abdoulaye y Christensen, Benedicte Vibe (2006, December). *Right time for Africa*. Finance & Development, Volume 43, Number 4, 8-13.

Boniface, Pascal (2006, Jun 9). *The geopolitics of football*. Daily Times. Recuperado el 25/04/2010 11:00 en

[http://www.dailytimes.com.pk/default.asp?page=2006%5C06%5C09%5Cstory\\_9-6-2006\\_pg3\\_6](http://www.dailytimes.com.pk/default.asp?page=2006%5C06%5C09%5Cstory_9-6-2006_pg3_6).

\_\_\_\_\_ (2004, Aug). *Géopolitique des Jeux olympiques*. Le Monde diplomatique. Recuperado el 25/04/2010 13:00 en <http://www.monde-diplomatique.fr/2004/08/BONIFACE/11492>.

\_\_\_\_\_ (2002, Jun). *Football as a factor (as a reflection) of international politics*.

Centre d'études et de recherches internationales – CERI, SciencesPo. Recuperado el 26/04/2010 10:00 en <http://www.ceri-sciencespo.com/archive/june02/artpb.pdf>.

Broadman, Harry (2007, June). *Connecting Africa and Asia*. Finance & Development, Volume 44, Number 2, 36-39.

Carlin, John (2010, June 14-21). *The global game*. TIME, Vol. 125, No. 23, 56-65.

*Champs and chumps; The Caribbean and the Olympics* (2008, Aug 30). Vol. 388, Iss. 8595. Clift, Jeremy (2010, March). *Prize or Penalty*. Finance & Development, Volume 47, Number 1, 6-7.

Collier, Paul (2008). *El club de la miseria*. Turner, Madrid.

*Colour me South African* (2010, Jun 3). The Economist. In a special report on South Africa. Vol. 396, Iss. 8689.

Foer, Franklin (2006, Jun 19). *How governments nurture soccer*. The New Republic. Recuperado el 01/04/2010 en <http://www.tnr.com/article/how-governments-nurture-soccer>.

*Germany's World Cup Baby-Boom* (2007, Feb 21). SPIEGEL. Recuperado en 06/01/2010: 12:00. <http://www.spiegel.de/international/0,1518,467714,00.html>.

Hamadouche, Louisa Aït (2009, Dic 8). *Aperçu de la géopolitique du football*. La Tribune. Recuperado el 20/04/2010 9 :00 en <http://www.latribune-online.com/suplements/international/26483.html>

Hang, Florian y Maennig, Wolfgang (2007). *Labour Market Effects of the 2006 Soccer World Cup in Germany*. Working Paper No. 06-17. IASE/NAASE.

Heyne, Malte; Maennig, Wolfgang y Süßmuth, Bernd (2007). *Mega-sporting Events as Experience Goods*. Working Paper No. 07-06. IASE.

IMF (2010, April). *World Economic Outlook*.

FIFA (2010). *Fifa/Coca-Cola World Ranking updated at 26<sup>th</sup> May, 2010*. Recuperado en 29/05/2010 13:00. <http://www.fifa.com/worldfootball/ranking/lastranking/gender=m/fullranking.html>.

Friedman, Thomas (2006). *La Tierra es plana*. MR ediciones, Bogotá.

Khanna, Parag (2010). *El segundo mundo. Imperios e influencia en el nuevo orden mundial*. Paidós, Barcelona.

Maennig, Wolfgang (2007). *One year later: A re-appraisal of the economics of the 2006 soccer World Cup*. Working Paper No. 07-25. IASE/NAASE.

Mahajan, Vijay (2009). *África despierta*. Pearson, Madrid.

*Make or break* (2000, Sep 16). *The Economist*. Vol. 356, Iss. 8188, 27-29.

Martínez, Javier y Vidal, José (2001). *Economía Mundial*. McGraw Hill, Madrid. Pág. 150.

Ohmae, Kenichi (2005). *El próximo escenario global*. Norma, Bogotá.

Perry, Alex (2010, June 14-21). *Playing the rebel game*. *TIME*, Vol. 125, No. 23, 84-89.

*Rio's expensive new rings* (2010, Oct 10). *The Economist*. Vol. 393, Iss. 8652, Pag. 41.

Rose, Andrew y Spiegel, Mark (2010, March). *The Olympic trade effect*. *Finance & Development*, Volume 47, Number 1, 12-13.

Sundberg, Mark y Gelb, Alan (2006, December). *Making Aid Work*. *Finance & Development*, Volume 43, Number 4, 14-17.

The Fund for Peace (n. d.). *Failed States Index 2010*. Recuperado en 15/06/2010 12:00.  
[www.fundforpeace.org](http://www.fundforpeace.org).

Trégourès, Loïc (2009, Jul 15). *Maxence et Jacques Fontanel (Ed.), Géoéconomie des Jeux Olympiques, Le sport, au coeur de la politique et de l'économie internationales*.

*L'Espace Politique*. Recuperado le 22/04/2010 10:00 en

<http://espacepolitique.revues.org/index1282.html>.

UNCTAD (2008). *World Investment Report*. 116-120.

UNCTAD (2009). *Economic Development in Africa Report*.

Zimbalist, Andrew (2010, March). *Is it worth it?* *Finance & Development*, Volume 47, Number 1, 8-11.